Tras los cristales

Antonia Bueno

PERSONAJES

MUJER.

Suenan 10 campanadas en un reloj de péndulo. Luego, silencio. La voz de una mujer va desgranando sus delicadas palabras.

MUJER.- Son la diez. Las diez de la mañana de un lluvioso invierno. Fuera todo es gris… los coches… la gente… el asfalto… hasta el aire es gris. Hoy no salió el sol.

Yo estoy aquí dentro, un día más, tras los cristales empañados con el vaho de otra mañana de invierno. Las lámparas de aquí dentro y las de ahí fuera continúan encendidas. Ha sido una larga noche… una noche interminable en la que el enorme mastín ha permanecido inmóvil, olisqueando las sombras, dispuesto al ataque, a la defensa de este territorio del que él, pobre iluso, se cree el guardián. El teléfono de mármol verde no ha sonado en toda la noche y el cenicero reposa sin una sola colilla. Todo es silencio en mi invernal morada.

Contemplo por enésima vez la bandeja de plata con sus copas cristalinas, esperando una caricia de los comensales que aún no llegaron. Tal vez hoy nos visite alguien. Quizás hoy alguien nos mire tras los cristales. A mí me haría tan feliz.

Los bailarines han detenido su pirueta, los gallos han renunciado a su cruenta pelea, Cervantes ha dejado de escribir su Quijote… ¿Qué ocurre? ¿Qué estruendo es éste?...¡Ah, claro! Es el cierre levantándose, al fin, una mañana más… y el dependiente penetrando en el callado recinto…

¡Shhhh! Silencio, silencio… La advertencia corre como un

reguero de pólvora de una esquina a otra de la tienda, rebota en los espejos, resbala en los estantes, se desliza por cada rincón… El toro de bronce detiene su bufido, el Niño Jesús su llanto, la japonesa la dulce melodía de su flauta, los caballos palaciegos el trotar de su carroza, la fuente donde las niñas llenan sus cántaros, el gotear de su caño… Silencio… silencio… Que no sepan que estamos, que somos… que no sepan que sabemos…

Ahora sólo hay que esperar. No darse por vencidos. No abandonarse a la renuncia, al fracaso… Tal vez hoy… a lo mejor, por fin, esta mañana…

¿Serán ellos?... ¡Sí! Ahí están… Un hombre y una mujer embutidos en sus gabardinas se acercan al escaparate… ¡se detienen frente a los cristales!... ¡Me miran!... El corazón va a salírseme del pecho. Mi corazón de porcelana late con frenesí bajo el pectoral dorado. Mis ojos en sus ojos…

Me gustaría tener lágrimas para derramarlas de gozo cuando el dependiente se acerca… cuando me coge cuidadosamente de la estantería… cuando me acerca hasta ellos… cuando ellos me toman en sus manos… cuando me miran… cuando sus ojos dicen sí y sus labios repiten ¡Sí!... ¡Sí, nos la quedamos, es preciosa!... cuando me envuelven en papel celofán… Me gustaría tener lágrimas de agradecimiento con las que humedecer este suave abrigo de seda…

Pero sólo soy una pequeña porcelana… apenas un busto… tan sólo un pectoral dorado bajo mi sonrisa egipcia… No tengo piernas para danzar de alegría, ni brazos para abrazar a mis nuevos dueños, ni lágrimas…

Mi pequeño corazón de porcelana late con fuerza… mi corazón que ha palpitado junto a la esfinge, a la sombra de la gran pirámide…

- Es un ejemplar único. Dice el dependiente, contando los billetes de mi rescate.

- Lo sé. Contesta la mujer. Sus ojos en mis ojos…

Y el sol sale de nuevo. Un día más, los pedazos de mi esposo Osiris han sido recompuestos. El sol se alza nuevamente sobre mi cabeza, iluminando el mundo…

Y yo, Isis, vuelvo a la vida.

FIN